

na, scilicet nimii frigoris, et intolerabilis fervoris. S. Gregor. in cap. 8 Matth.

Ex igne visibili ardor et dolor invisibilis trahitur, ut per ignem corporeum mens incorporea etiam flamma incorporea crucietur. Idem., lib. 4. Dialog. cap. 29.

Non transit cum tempore, quod ultra tempora transit; in æternum ergo necesse est ut crucier, quod te egisse in æternum memineris. S. Bernard. lib. 5 de Consid. c. 11.

Momentaneum quod delectat, æternum quod cruciat. Id., ibid.

mentos: el de un frio excesivo y el de un ardor intolerable.

El fuego visible ocasiona un ardor y un dolor invisible, para que por medio del fuego material, el alma espiritual sufra un incendio interior.

No pasa con el tiempo lo que absorbe todos los tiempos: es, pues, necesario, que atormente eternamente el pecado, cuyo recuerdo se conserva eternamente.

El deleite es momentáneo, pero el tormento es eterno.

INGRATITUD.

(LA INGRATITUD A LOS DIVINOS BENEFICIOS CONDUCE
Á LA INCREULIDAD.)

Malos malè perdet; et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis.

Hará perecer rigurosamente á tales malvados, y arrendará su viña á otros labradores, que le paguen el fruto á su debido tiempo.

(MATTH. XXI, 41.)

Por más horrorosas é intolerables que parezcan, y sean en realidad, las penas, con que Dios castiga el pecado del hombre, se hace increíble, que éste se abandone de tal modo á la perversidad de su corazón, que llegue á acusar de injusto al que es la justicia por esencia. Pero,

es indudable, que así sucede, y con alguna frecuencia, en el día, entre los cristianos. La Iglesia, nuestra madre, solicita siempre en procurar nuestra felicidad por todos los medios posibles, para quitar, sin duda, todo recelo ó pretexto en este asunto tan delicado; nos propone en el Evangelio presente, la parábola de que se valió el Salvador, para obligar á los judíos á que pronunciasen ellos mismos la sentencia de su reprobacion. Un padre de familias, les dice, tenia una viña excelente y con todas las comodidades posibles; la dió en arrendamiento á unos labradores, con condicion, de que en cada año habian de darle alguna parte del fruto que produjese. Trascurrido mucho tiempo, sin que los arrendatarios cumpliesen lo que habian ofrecido, envió el padre de familias algunos de sus criados para recordárselo, y exigirles los frutos; mas, ellos, en vez de obedecer, los maltrataron: envió segundos criados, que no tuvieron mejor suerte, pues, fueron tan inhumanamente acogidos como los primeros: envió, por último, á su propio hijo, esperando, que le guardarian otras consideraciones; pero, se engañó, porque aquellos hombres indignos é ingratos hasta lo sumo, cometieron la insolencia, no solo de arrojarle de la viña, como menospreciando su dominio y el de su padre, sino de quitarle la vida, creyendo, que por ese medio se harian dueños de la heredad. Despues de una conducta tan extraña y criminal; ¿cómo os parece que deberá conducirse con ellos el padre de familias, cuando determine ir en persona á tomarles la cuenta? No penetrando los judíos el sentido de la parábola, ó, por mejor decir, convencidos de la fuerza de la verdad, respondieron unánimes: *malos male perdet, et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis*: hará perecer rigurosamente á tales malvados, y arrendará su viña á otros labradores, que le paguen el fruto en sus tiempos; deberá castigar á aquellos hombres en proporcion á su ingratitud y perfidia, abandonándolos á la miseria, y entregando su heredad á otros más justos y más agradecidos.

¡Terrible y espantosa, pero justa sentencia! Y tanto más terrible, cuanto que nos amenaza á nosotros, si tenemos la insensatez de imitar la conducta de aquellos parricidas colonos: lo que podreis conocer perfectamente, por la explicacion, que, para vuestro desengaño, quiero haceros, aunque en compendio, de esta parábola. La viña es la Iglesia de Jesucristo; los labradores, que la tomaron en arrendamiento, son figura de los cristianos; el fruto ó renta que debe pagarse, son las buenas obras, el cumplimiento de aquellas solemnísimas promesas, que, por nuestros padrinos, hicimos á Dios, al entrar en el número de sus colonos por el sagrado bautismo; los criados significan

los predicadores que el Señor envía, y á quienes nosotros maltratamos, despreciando sus exhortaciones, burlándonos de sus consejos, negando su doctrina; por último, en el hijo, está representado del modo más perfecto nuestro divino Redentor, á quien damos una cruel y afrentosa muerte con nuestros multiplicados desórdenes.

Ya que, por la misericordia de Dios, hemos conservado íntegra la fé de nuestros padres, no obstante de haber degenerado de sus piadosas costumbres, aprovechemos estos instantes de luz; los de tinieblas son irremediables, si permanecemos en nuestra ingratitud: caeremos en la incredulidad, como las naciones cuya conducta imitamos; idea que procuraré explanar en mi discurso.

No abandoneis, Virgen inmaculada, este pueblo, que se acoge á vuestra proteccion. Interceded con vuestro Hijo, á fin de que nos conserve en su viña, y nos conceda la gracia, que necesitamos, para corresponder con los frutos de las virtudes. A este fin, os rezamos el *Ave Maria*.

1. No podría el enemigo comun del género humano, apoderarse tan fácilmente de las almas, é inclinar su voluntad al pecado, si no arrojara, primero, en su entendimiento las semillas de la ignorancia y del error. De aquí proceden, como de un viciado origen, tantos absurdos, como el comun de los fieles adopta por verdades cristianas, y la dificultad de desimpresionarlos acerca del concepto que de ellas tienen formado. Tal es, por ejemplo, la persuasion, de que todos los fieles se salvan, ó de que ningun cristiano se condena. ¡Error funesto! ¡error que, lisonjeando extremadamente las viles pasiones del hombre, han llenado el mundo de vicios, la Iglesia de mónstruos, y el infierno de cristianos! porque, muy satisfechos éstos con su fé, no cuidan de las obras; suponen, que nada perjudica á sus almas sinó la herejía; corren sin freno alguno por el camino de la iniquidad; pasan sus dias alegres en el vicio; y, como es consiguiente, y lo asegura el Espíritu Santo, vienen á parar en su muerte al abismo de todas las desgracias.

La impiedad, que ha conocido ser este el medio más oportuno, para atraerse un número considerable de cristianos, pondera, exagera el beneficio de la fé, apoyada en las mismas expresiones de que los maestros de la Religion se sirven, para demostrar la necesidad que de ella tenemos, para conseguir la salud eterna. El evangelista san Juan le parece ser de la misma opinion, asegurando expresamente, que los fieles no pueden ser juzgados; que ninguno perecerá de los que verdaderamente crean en Jesucristo (JOAN. III, 18). Pero, de estos

y otros semejantes testimonios sólo se infiere lo que acabo de decir, esto es, que, para salvarnos, es absolutamente necesaria la fé. Por cierto, es una terrible desgracia el nacer en la infidelidad, en el paganismo; y, por el contrario, una dicha incomparable la de ser admitidos en la Iglesia de Jesucristo, en el centro de la Religion. ¡Oh! ¡cuántas gracias debemos dar al Señor, por habernos dispensado este beneficio! Apénas salimos á la luz del mundo, se nos infunde en las fuentes saludables del bautismo la fé divina, este don precioso, que nos da un derecho á la gloria, á la suprema felicidad, á la mansion de los justos. ¿Quién será capaz de ponderar semejante dicha? ¡Felices, mil veces felices nosotros, por haber nacido en un reino católico, en un reino iluminado con la brillante antorcha de la fé, en un reino, que aún no ha sido infestado enteramente por los pestilentes vapores de la infidelidad y de la herejía! ¡Felices nosotros, que, cercados por todas partes de protestantes, de apóstatas, de judíos, de ateístas, hemos sabido conservar el sagrado depósito de la fé, que nos encomendaron nuestros piadosos padres! Pero, más felices, si, á pesar de los obstáculos que se nos oponen, logramos conservarlo en lo sucesivo.

Este don precioso es un favor particular, que Dios dispensa á quien quiere y como quiere; un beneficio, que ni se recibe ni se conserva sin especial gracia del Todopoderoso. No podemos dudar, que este Señor benignísimo nos lo ha dispensado; mas, no sabemos igualmente, si será su voluntad continuárnoslo en adelante, manteniéndonos en su favor, en su amistad, en su Religion; ántes bien es mucho de temer, que, irritado en vista del menoscupio, de la ingratitud con que correspondemos á tan singular beneficio, nos prive de él, lo aparte para siempre de nosotros, nos arroje de su amada viña: es muy de temer esta irreparable desgracia. Repetidas veces os han amenazado del mismo modo los oradores evangélicos; mas, por desgracia, y acaso por un efecto de la terrible justicia de Dios, que va poco á poco cegando nuestro entendimiento y endureciendo nuestro corazon, para que, como asegura el Profeta (ISAÍ. VI, 10), no conozcamos la verdad, para que no creamos, para que no lleguemos á convertirnos, viéndose él en la precision de perdonarnos; por esto, sin duda, hemos graduado de exageraciones, tal vez de delirios, las amenazas de los ministros de la religion; nunca hemos creído que puedan verificarse, y hemos continuado los desórdenes de nuestra vida. Pero, ya es necesario persuadirnos, no solo á que es posible, sino tambien muy fácil, que el Señor, colmada la medida de su indignacion, descargue sobre nosotros el golpe fatal. Aún digo poco; de-

hemos temer con fundamento, que está muy próximo el día de las venganzas.

2. Ya ha trascurrido, no un año, ni un lustro, sinó toda nuestra vida, sin que háyamos pensado sériamente en cumplir las solemnes promesas que hicimos á Dios, al tiempo de ser admitidos en su Iglesia. Este padre amantísimo nos ha enviado sábios predicadores, que han procurado desengañarnos, advertirnos nuestro peligro; mas, nosotros, no hemos hecho el menor caso de sus exhortaciones: los inmensos beneficios que nos ha dispensado, léjos de excitarnos á gratitud, han fomentado nuestra soberbia; hemos correspondido con el desprecio á los males de todo género con que nos ha afligido, y que eran suficientes á ablandar los corazones más insensibles. En los tiempos más calamitosos, ó para hablar con toda propiedad, en los tiempos presentes, en que con mayor motivo que los Ninivitas, debiéramos sujetarnos al ayuno y á la mortificación, para aplacar la ira del cielo; en estos infortunados tiempos, en que la más ligera diversion debiera considerarse como un vil menosprecio de la Providencia, como un horrible atentado contra la Divinidad; en estos infelices días, en que las lágrimas debian ser nuestro único alimento, la oracion nuestro principal ejercicio, la penitencia nuestro solo cuidado; en estos días aciagos, en que el labrador abandona sus tareas, el padre sus hijos, el marido su consorte, todos sus deberes, sus casas y familias; en estos días de luto y de consternacion; el pecador no abandona sus vicios, el cristiano, impío en sumo grado, tiene valor para decir, que son inútiles las oraciones; se hacen confesiones sacrílegas, se comulga indignamente, como si Dios no fuera sábio ni justo; se buscan los groseros deleites de la carne, como si no los prohibiera una ley eterna; se procura la satisfaccion de las pasiones, como si no hubiera un Juez supremo; se retiene lo injustamente adquirido, como si no hubiera eternidad; se maldice, se perjura, se profanan los templos y las festividades; los padres descuidan la educacion de los hijos, haciéndose éstos, por su parte, inobedientes á la voz patèrnal, á los mandatos de los autores de sus días; los jóvenes se entregan con gusto al voraz fuego de la sensualidad; los consortes, no contentos con los deleites que por su estado se les permiten (y que casi me atrevo á decir, que por ley general debieran prohibírseles, por el abuso que de ellos hacen), buscan en el infame adulterio mayor desahogo á sus brutales pasiones; se menosprecian los preceptos de la Iglesia; el ayuno, la oracion, las mortificaciones, se miran como las más odiosas y ridículas prácticas; se ha desterrado la virtud; las atenciones del alma se descuidan; no se hace caso de los sacramentos, ni de las exhortacio-

nes, ni de los consejos del sacerdote ó del amigo; se pisa la ley del Señor; en una palabra, se burla á los ministros de Jesucristo, y se da una muerte infame á este divino Redentor, á este Hijo unigénito del Padre celestial.

Así manifestamos á Dios nuestra gratitud, por el singular beneficio de habernos introducido en el seno de su Iglesia; este es el fruto que ha cogido de nosotros, despues de tantos años como nos ha sufrido; así damos cumplimiento á la promesa de renunciar al mundo con sus vanidades, á Satanás con sus obras, y á la carne con sus deleites; esta es toda la renta que ha cobrado de nosotros, indignos y pérfidos colonos de su viña. Siendo nuestra conducta del todo semejante á la de los labradores de que hoy habla el Evangelio, permitidme que os haga la misma pregunta, que Jesucristo hizo á los judíos al proponerles esta parábola: ¿qué deberá hacer con nosotros este Señor, que nos ha considerado siempre como su viña predilecta? ¡Ay! la respuesta no es dudosa. Si habeis de hablar con ingenuidad, no podreis ménos de responder lo mismo que los judíos: *malos male perdet, et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis*: nos tratará como á aquel pueblo ingrato, privándonos de nuestra Religion, y trasladándola á otros países, cuyos habitantes sepan apreciar tan gran beneficio y satisfacerle el fruto convenido; hará con nosotros lo que con los habitadores de África, cuando de tal modo se abandonaron á los deleites del sentido, que prestándose con demasiada credulidad á las cavilaciones del impío Mahoma, y cegándose con el falso brillo de la felicidad, que en su religion les prometia, negaron la fé del Crucificado, por doblar la rodilla delante de aquel mónstruo hijo del infierno: hará lo que ha hecho con las naciones modernas, cuya prevaricacion y resultados son demasiado recientes para que los ignoreis. Inglaterra, llamada el jardín de los santos, se sumió en la herejía, en un funesto cisma, que hasta el día la tiene separada de la Iglesia católica. El reino de Francia, naturalmente católico, sucumbió á las perversas ideas de los filósofos; admitió primero el ejercicio de toda religion, las abandonó despues todas; se hizo ateo, en una palabra.

¡Ay de nosotros, si el Señor nos abandona como á esas desventuradas naciones! ¡Ay, si nos dejamos dominar del amor profano y del empeño de soltar la rienda y dar libertad á nuestras pasiones, que son las causas que las han conducido á extremo tan lamentable! Ya me parece ver del todo arrancada la raíz de la fé en nuestra España, para trasplantarla á otras regiones más felices: acaso los bárbaros, que nosotros despreciamos en el día, serán escogidos para cultivar la

preciosa viña de la Iglesia, de que seremos arrojados nosotros, en castigo de vuestra ingratitud. Creo oír la voz de Dios, que nos pregunta por Isaias, en persona del prefecto Sobna (ISAÍ. XXII, 16): *¿Quid tu hic?* ¿para qué habeis sido admitidos en la viña de la Iglesia, comprada á costa de mi sangre? *¿Quid tu hic?* ¿para qué os hice miembros de mi religion, toda santa, toda divina? *¿Quid tu hic?* ¿para qué iluminé yo vuestro entendimiento con las inextinguibles luces de la fé? ¿para qué os escogí entre tantos millones de almas, como yacen envueltas en las sombras de una profunda ignorancia, de la más ciega infidelidad? ¿para qué os introduje en el saludable baño de mi sangre preciosísima? ¿para qué os he franqueado con tanta profusion el tesoro inagotable de mis gracias? ¿Todo esto ha sido precisamente, para que despreciarais mis dones, abandonándolos por un placer infame, por un vil interés, por el humo de una gloria vana? ¿para que, más ignorantes que los infieles, vivierais una vida brutal, no solo sin religion, sino, además, sin ley natural, sin entendimiento, sin juicio, dando una plena satisfaccion á vuestras pasiones, como si nada tuvierais que temer ni esperar? ¿Es esta la renuncia que habeis hecho de los bienes terrenos, de todo cuanto por halagaros os prometieron vuestros más infames enemigos? ¿Así me habeis amado con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas? ¿Así habeis aborrecido todas las cosas por mi amor, vuestros hermanos, vuestros padres, vuestra misma vida? ¿No sabeis, que cuando fuisteis alistados en mi religion santa, introducidos en mi Iglesia, rociados con mi sangre, jurasteis con la mayor solemnidad, no emplearos en toda vuestra vida en la menor cosa que contrariara á mi servicio? Ya, pues, que no lo habeis cumplido, ya que habeis sido tan ingratos, como los malos labradores, *expellam te inde*: os arrojare de un gremio tan feliz, os privare de mis gracias, os abandonaré á vosotros mismos, á esos crueles tiranos, cuya odiosa dominacion preferís á mi ley suavísima.

Sí, cristianos; como el infeliz Esaú, dice san Agustín, por atender al regalo de su cuerpo, perdió el derecho á la primogenitura á que habia sido llamado, así nosotros, por no apetecer más bienes que los groseros del cuerpo, el interés, el deleite, la venganza, bienes que solo pueden hacer la felicidad de los brutos, perderemos miserablemente la dichosa herencia de Jesucristo, á que se nos habia dado derecho en el bautismo. ¡Ay! que se cumplirá en nosotros la terrible amenaza del Salvador en el Evangelio: vendrán los bárbaros, los gentiles, y como otro Jacob, continúa san Agustín, arrebatarán la herencia, el mayorazgo de la Fé y de la Religion, y nosotros, los hi-

jos legítimos, seremos reprobados, desheredados, expelidos del reino de Jesucristo, como el infeliz Esaú. ¡Ay! que ya veo empezar á verificarse la fatal amenaza. Errantes y fugitivos los sacerdotes, arruinados los templos, la casa de Dios convertida en habitacion de bestias, insultadas y arrojadas por el suelo las imágenes de los santos, incendiados los altares, pisado el Cordero sin mancha, el cuerpo santísimo y la sangre preciosa del Hijo de Dios...

Exurge, quare obdormis, Domine? ¿Dónde, Señor, está aquel poder, que sumergió en las aguas del mar Rojo á Faraon y á todo su ejército, por oponerse á vuestra voluntad? ¿dónde aquel celo, que os movió á quitar la vida á Oza, por solo atreverse á tocar el Arca del testamento, con el fin de impedir su caída? ¿dónde aquella mano, que escribió la última sentencia contra el impío Baltasar, porque profanaba los vasos sagrados? ¿dónde aquel azote, que arrojó del templo á los mercaderes, que convertian vuestra casa en cueva de ladrones? ¿dónde aquella voz omnipotente, á cuyo imperio cayeron derribados por tierra los judíos armados que iban á prenderos? *Exurge, quare obdormis?* ¿Cuándo ha sido tan despreciado vuestro poder, tan burlada vuestra providencia, tan escarnecida vuestra religion, tan provocada vuestra justicia, tan vilipendiada vuestra majestad? *Quare obdormis?* ¿Cuándo habeis tenido ocasion más oportuna de manifestar el poder irresistible de vuestro brazo? ¿Cuándo ha habido motivo más justo para disparar los rayos abrasadores de vuestra ira? ¿Dónde está aquella espada, con que el patrono de las Españas triunfó tan gloriosamente de todos sus enemigos de vuestro santo nombre? ¿Ó no sois ya un Dios celoso de vuestra honra, y vengador de los agravios? Mas, no sé á dónde me lleva mi exaltada imaginacion: ignoro lo que deseo, y lo que me atrevo á pedir. El ejercicio de vuestra omnipotencia, las maravillas obradas por el ministerio de Moisés, los milagros de que os valisteis para establecer vuestra religion... no son estos los medios, que debeis emplear con los cristianos de estos dias; con unos hombres indignos de este glorioso nombre; con unos hombres, cuyas obras desmiente la fé que publican sus lenguas; con unos hombres, cuya vida deshonor vuestra religion, más que todos los escritos y argumentos de los impíos; con unos hombres, que se avergüenzan de ejercitar la virtud, y hacen alarde de sus costumbres gentílicas. El desprecio, la inaccion, el silencio... así correspondéis á unos insultos tan groseros, á una conducta tan escandalosa: esos son los castigos que les imponeis; pero, castigos terribles, por más que, en la apariencia, sean levísimos, pues, manifiestan, que el descaro con que os ofenden, ha colmado la medida de vuestra indignacion;

que el menosprecio que hacen de la fe y de la gracia, recibidas en el santo bautismo, ha excitado todo el furor de vuestra ira. ¡Infelices! El fatal golpe de vuestra justicia está para caer sobre nosotros. Los beneficios de vuestra mano nos han llenado de soberbia; hemos abusado de vuestra liberalidad y sufrimiento; os hemos acusado de injusto, cuando nos habeis afligido con calamidades; hemos despreciado cuantos avisos nos habeis dado por medio de vuestros ministros; nada ha podido movernos á pagaros el fruto debido. Nos habeis enviado, por último, vuestro divino Hijo; ese Hijo, en quien teneis todas vuestras complacencias, ese Hijo único, que es el retrato de vuestra hermosura, el espejo clarísimo en que os mirais; ese Hijo, que es vuestra misma naturaleza, vuestra misma sustancia; y le hemos dado mil muertes con nuestros desórdenes.

Abrid los ojos que os ha cerrado el demonio, cristianos pecadores, y ved al Hijo de Dios, que viene á cobrar de vosotros la renta de su viña; á coger el fruto de las buenas obras, que le debeis; á pedir os cuenta de la sangre, que derramó por vosotros. ¿Es posible, que hayais de continuar siempre en vuestra ceguedad? ¿Es posible, que exclameis, como los labradores de la parábola: *hic est hæres, venite occidamus eum*: este es el Hijo de Dios? quitémosle la vida, y será nuestro su reino. *Hic est hæres*: ¿este es el Juez supremo, que ha de residenciar todas nuestras obras? *occidamus eum*: acabemos con su existencia y nada tendremos que temer. *Hic est hæres*: ¿este es el Señor que nos exhorta á la mortificación, y nos prohíbe los placeres; que nos obliga á perdonar las injurias, que nos manda deponer los adornos y emplear nuestras riquezas en alimentar y vestir al indigente? *occidamus eum*: muera á nuestras manos, y viviremos sin temor, sin ley, sin freno alguno. ¿Es posible, que hayais de manifestar en vuestras acciones el deseo de que no haya Dios, como el impío lo desea en su corazón? Mas, puesto que así lo quereis, así sucederá, con efecto: ya no habrá Dios para vosotros; se trasladará con su religión adorable y con la Iglesia, su santa esposa, á regiones más felices; escogerá para su viña labradores más fieles, colonos más agradecidos, arrendatarios más justos, hombres más racionales que vosotros. Os abandonará á los deseos de vuestro corazón corrompido, á la ignominia más terrible, á una reprobación inevitable: *Malos male perdet*. Entonces podreis dar una completa satisfacción á vuestras desenfrenadas pasiones; vivireis como brutos, y como brutos morireis, sin sacerdotes, sin sacramentos, sin fe y sin esperanza. Nadie rogará por vosotros, porque habreis sido arrojados de la Iglesia, que es la casa de oración. Aún, al tiempo de salir de esta vida, no di-

rigirá por vosotros esta tierna madre aquellas preces, que dirige, en igual caso, por todos sus hijos: perdónalos, dice, hablando con su Esposo, que aunque han pecado, no han tenido la desgracia de negar la fe, sino que siempre han creído firmemente en las tres divinas personas. Padre, Hijo y Espíritu santo.

¡Oh Dios justo! suspended un momento la ejecución de vuestros adorables decretos. Si necesitais algún sacrificio para aplacar vuestra indignada justicia, descargad el golpe sobre los impíos y malos cristianos que la han provocado. Nosotros queremos vivir en el seno de vuestra Iglesia; no nos arrojéis de ella; pues, en lo sucesivo, escucharemos su voz. Hemos sido ingratos; pero, estamos arrepentidos, y procuraremos daros el fruto de buenas obras, que os debemos, y nada haremos que sea contrario á vuestro servicio. Muy al contrario, nos esforzaremos á daros la satisfacción que os debemos por nuestras pasadas ingratitudes, para que, usando con nosotros de misericordia, podamos bendeciros por toda la eternidad. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

INGRATITUD.—Es un vicio que hace porfiada oposición á la gracia.

Es un vicio que merece un ejemplar castigo.

Es un vicio que exige una cumplida satisfacción.

INGRATOS.—Son ciegos los ingratos, que ni quieren conocer los beneficios, ni á los bienhechores.

Son crueles, los que procuran ó desean la muerte de aquellos, á quienes todo lo deben.

Son impíos, los que se sirven de los bienes que Dios les ha concedido, para ofender á Dios.

Véase: AGRADECIMIENTO.

INJURIAS; véase: AMOR Á LOS ENEMIGOS;—Y PERDON DE LAS INJURIAS.